

## Lo risible de saber demasiado de un crimen

### *El taxista llama dos veces*

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL, JUAN CARLOS RODRÍGUEZ Y KECO OLANO

Penguin Random House, Bogotá, 2017, 132 pp., il.

EL LECTOR que haya recorrido las calles bogotanas de Teusaquillo, Chapinero y el centro podría tener la impresión de estar en un misterioso escenario donde más de alguna truculencia merecería la pena ser narrada. Y no haría falta demasiada imaginación, en principio, con la cantidad de atracos, asesinatos, violaciones y demás relatos macabros que se leen a diario en los periódicos y hacen gala en los noticieros televisivos. Pero también está claro que haría falta ingenio y buena mano para crear algo potente e icónico a partir de ese material, de ese mundo; y ese es el feliz caso de *El taxista llama dos veces*, la novela gráfica de Antonio García Ángel y Juan Carlos Rodríguez, ilustrada por Keco Olano.

El relato que propone el libro, publicado por el sello Reservoir Books de Penguin Random House, es sencillo. Comienza con Miguel, el taxista que protagoniza la historia, martillando una carrera. En la calle 69 con 32 recoge una mujer joven, guapa, que se dirige al barrio La Soledad a lo que parece un encuentro con amante o novio. Miguel dejará a la pasajera en una casa y al poco tiempo notará que ella olvidó la cartera en su carro. Irá de vuelta para llevársela y terminará en la escena del crimen, huyendo y entre la espada y la pared: visto por los asesinos y demasiado cerca de los hechos para no figurar como principal sospechoso.

Desenredar el nudo que se teje en torno a ese crimen es, como en cualquier narrativa del género negro, el principal aliciente a la lectura, pero para este caso se trata apenas de uno de los varios elementos que mantienen el interés durante la lectura. A mi juicio hay tres grandes aciertos de esta propuesta: primero, el manejo del lenguaje gráfico; segundo, la relación

hipertextual que establece con la tradición del género negro; y tercero, la construcción de un tono cómico que se agradece en cada una de sus salidas. Veámoslo en detalle.

El universo visual del libro nos ofrece distintas facetas. Lo primero que habría que señalar es aquello que aparece como el escenario y los fondos donde salta a la vista el detalle y el realismo con el que se reconstruye Bogotá. Todo tipo de espacios icónicos aparecen retratados, desde tiendas, hasta vistas de los cerros e incluso edificios cuya fachada se podría identificar a primera vista. Resulta todo un placer recorrer las viñetas con calma e ir identificando la ciudad cuadro a cuadro. Frente a este escenario urbano, aparece una forma de caracterizar físicamente los personajes que es interesante. Los protagonistas son hombres que presentan rasgos deformes, entre lo caricaturesco y lo monstruoso, frente a las mujeres que coprotagonizan, caracterizadas con rostros angelicales y cuerpos de una voluptuosidad desmedida. Hay un diálogo interesante entre repugnancia frente a la monstruosidad y el deseo que podrían despertar las flacas voluptuosas de los dibujos. Este gesto sutil sitúa una pregunta por los caminos inconducentes que la belleza y la fealdad pueden trazar en el modo en que leemos. Y sin embargo, aún falta señalar el detalle más interesante en términos gráficos: el uso de planchas enteras en blanco y negro y otras a color para diferenciar dos líneas narrativas.

Para entender esto, es necesario describir y celebrar la gran ficha del rompecabezas que compone *El taxista llama dos veces*. Es un personaje extraño, morboso y genial llamado Julio. Se trata del amigo y principal colaborador de Miguel en la tarea de salvarse el pellejo y entender qué pasó con la pasajera. Periodista de crónica roja, metalero, gordo y consumidor de pornografía, fascinado por películas *mainstream* de *gore*, acción o género negro que recuerdan el clase B, y que según lo que nos permite ver poco a poco la novela, también escribe ficción *negra*. De hecho, a medida que el relato avanza descubrimos que las páginas más interesantes de la novela incluyen las secuencias imaginarias en

que Julio se proyecta como Julián Reznor, periodista investigativo al estilo Hollywood, digno héroe de hazañas de alto presupuesto en efectos especiales. Esto es lo que los autores de esta novela gráfica presentan en blanco y negro, dentro de una estética poderosa que le hace guiños a *Sin City*.

Y esto es de celebrarse, pues a riesgo de ser *otra historia más sobre un crimen*, la parte más divertida e interesante de *El taxista llama dos veces* es que tenemos un personaje que, aparte de escribir género negro, comprende perfectamente el lenguaje de las tradiciones policiaca y negra. No es un recurso nuevo por sí mismo: solo por mencionar un caso, en el clásico “La muerte y la brújula”, Jorge Luis Borges nos dibujó a Erik Lönnrot, el detective que caería en la trampa del memorable Red Scharlach por andar leyendo metaliterariamente un crimen. Sin embargo, en el caso de esta novela gráfica, más que leer el crimen metaliterariamente, lo que vemos en las planchas a blanco y negro es la puesta en escena que su imaginación elabora a partir de los hechos concretos que investigan él y Miguel.

En el diálogo entre ambos lenguajes gráficos y ambos hilos narrativos (tiempo del relato y ucronías), el trabajo de los autores es impecable: la voz del narrador en la mente o en el procesador de textos de Julio acompaña desde los bordes de las viñetas y se desborda en usos rimbombantes que le dan rasgos hiperbólicos y cómicos al conjunto. Por otra parte, el conjunto de la novela (en color y en blanco y negro) integra sus reflexiones, comparaciones y referentes, del que sin duda el clímax es la secuencia de varias páginas que hace homenaje a la figura tipo de la *femme fatale*, y que sin duda el lector sabrá apreciar y agradecer por su belleza.

Todo esto, además, le permite al lector mismo tomar una distancia irónica frente al relato: durante toda la lectura sabemos más que los otros personajes, quienes no se dan cuenta del abismo cómico que se teje entre expectativa y realidad en la mente de Julio. Uno de los mejores ejemplos es un paso de una página en blanco y negro a una en colores, en las cuales vemos la moto y la secuencia de desplazamiento nocturno en la

RESEÑAS		NARRATIVA GRÁFICA
<p>imaginación de Julio, y luego las condiciones precarias y diametralmente opuestas en términos de “utilería” en que se desarrolla la acción. Ese mismo abismo cómico lo retoma también la novela al remitir gráficamente a nuestra Bogotá, tergiversada en las palabras. Los personajes no van a Carulla sino a Careros y las vallas publicitarias no son de celulares Claro sino Turbio, entre otras referencias y burlas por el estilo, que terminan de crear viñetas memorables y dignas de atención en el proceso de la lectura.</p> <p>El conjunto de rasgos que arman la propuesta de esta novela gráfica confirma que se trata de una apuesta sólida e inteligente para apropiarse y releer el género negro desde Colombia, desde Bogotá y desde la ironía que tanto bien les hace a los géneros de culto. Resulta una lástima (aunque se trata de cosas muy menores, poco graves) el par de lunares que uno se puede encontrar: primero, una escena un tanto floja, a riesgo de parecer gratuita, en la que la recreación del lenguaje de algunos taxistas resulta tan exagerada, banal y cercana al lugar común que se podría desear algo distinto en su lugar o al menos en lugar de esos diálogos; y segundo, el desencanto que algún lector pueda sentir con el último tramo del desenlace, donde se aprecian elementos narrativos que pueden calificarse como fáciles. Aunque por supuesto, le quedará a usted, lector, resolver si ese final se trató de un crimen contra la obra o apenas un guiño de taxistas a otro viejo y teológico recurso del mundo literario.</p> <p style="text-align: right;"><b>Jorge Francisco Mestre</b></p>		